

na. Con pintoresca fantasía y vuelo lírico cuenta Miguel Angel Asturias (Guatemala) una fabulosa *Leyenda del Volcán*; el cubano Enrique Serpa ofrece una amarga descripción social en *Aletas de Tiburón* y *Un zapato para Pedrito*, del brasileño Dalton Trevisan, es una conmovedora historia acerca de la existencia de los pobres. Se pueden tomar otros ejemplos, como la narración de incesto de José de la Cuadra, *Calor de Yunca*, y el cuento de Salarrué, *Somos malos*, que describe cómo cuatro asesinos llegan a estar contritos y sentimentales cuando por primera vez oyen un gramófono.

Hay continuamente motivos cambiantes y variada técnica cuentística, desde la tradicional hasta la surrealista, lindando ésta alguna vez con el ensayo. Hay grandes diferencias de temperamento y de concepción de la vida, a pesar de aquello que tienen en común. De ese algo que no es tan fácil aprisionar, porque entra en la mentalidad iberoamericana, en su propia atmósfera. Alguna vez el tema puede parecer sobrecargado en la descripción, un poco excesivamente cálido, o de colorido chillón con arrebatos de sentimentalismo. Pero se olvidaría entonces demasiado fácilmente que es una realidad desde muchos puntos de vista, por entero diferente de la nuestra, y esta diferencia es más evidente en el campo y en los despoblados. Por otra parte, se encuentran artísticamente bien equilibradas descripciones, con dibujos de gentes que hacen pensar en distinguidos narradores norteamericanos y europeos. Una antología de tan gran extensión, como *Cuentistas iberoamericanos*, deben depender, naturalmente, en cuanto a la selección, de la orientación y de la visión literaria del autor. Arne Lundgren, me parece, ha logrado hacer la colección representativa y variada, aunque uno que otro autor más o menos conocido falte. Lundgren ha sido por sí mismo diligente traductor y ha tenido buenos colaboradores en la traducción en Erik Gyberg, Erik Michaëlsen y Per Rosengren. El libro merece tener un gran número de lectores.—STEN BJÖRILD.

(Del diario de Gotemburgo «Göteborgs-Posten», del viernes 29 de marzo de 1963. Hizo la traducción Jaime Peralta.)

NOTA.—El libro de Jorge Luis Borges, a que se refiere esta crítica, acaba de aparecer en ediciones Bonniers, Estocolmo, *Biblioteket i Babel*, y ha tenido una excelente crítica.

EL ABIGARRADO «MESON DEL MUNDO»

En 1631, según las historias de nuestra literatura, y 1632, según consta en la cubierta de la edición, fecha que está de acuerdo con la de la aprobación de Quevedo, firmada en 27 de agosto de 1631,

el sevillano Rodrigo Fernández de Ribera publicó su *Mesón del Mundo*. Reeditada íntegramente por el señor Petit Caro en 1946, el carácter de edición para bibliófilos, que hubo de adoptar tan noble intento de «sacar a luz» una obra hundida en sombras de olvido, impidió que alcanzase a un amplio sector de lectores. Quizá esa consideración determinó al profesor Edward Nagy a realizar su edición del *Mesón del Mundo*, recién publicada por «Las Américas Publishing Company», de Nueva York. El haber presentado una selección en vez del texto íntegro, así como el tono del extenso estudio que de Ribera hace el señor Nagy y el de las numerosas notas con que avala su edición, muestran esa finalidad abierta hacia muy amplios sectores de público.

El mundo considerado como «mesón» o como «apeadero» es tan tópico como su consideración de simple camino de «romería». Ribera hizo de ese tópico la base de su obra alegórica, dándole una estructura híbrida de novela y disertación satírico-moral, apoyándose para ambas en la expresividad del yo narrativo.

En el largo y enjundioso estudio que precede a la selección de la obra riberiana, Edward Nagy estudia con ajustada y clara visión los antecedentes literarios, las influencias que contribuyeron a formar la manera de ver y la manera de escribir del autor sevillano. Bien expresamente nos explica sus propósitos: «Nuestro interés gira alrededor de su prosa satírico-moral y, concretamente, en torno a una de sus novelas, *El mesón del Mundo*. Esta obra, a nuestro juicio, encierra mayor interés para el lector moderno debido al tono satírico y picaresco de varios de sus episodios, de vivo color costumbrista.»

Y no es exagerada esa opinión. Las páginas que el señor Nagy ha escogido tienen evidente interés, y la viveza de la sátira compensa, en Ribera, la premiosidad de la narración y la afectada prolijidad de su estilo. La influencia cervantina, certeramente señalada por Nagy, y que podría extenderse a otros aspectos y a pasajes tan determinados como el inventario de la librería ambulante, que aparece en el apartado XIII de la selección comentada, no se ejerció en la andadura de la prosa ni en la posición del novelista ante la realidad. El prologuista nos dice: «Aunque las categorías riberianas se fundan en la realidad social circundante, no podemos, a diferencia de Cervantes, decir que el autor sevillano nos presenta una naturaleza real y una sociedad objetiva. Tal afirmación desmentiría el contenido de *El mesón*. En el camino del desengaño, la mirada de Ribera se fija en lo feo, lo melancólico y fugaz, recibiendo de todo ello una fuerte impresión. Por el contrario, lo alegre, lo bello y agradable no dejan raíces profundas en su alma.»

Podríamos añadir que la visión de Ribera incide, como ocurría con la alegoría del «mesón», en la visión del mundo, que es tópico en su tiempo, entre los escritores españoles.

Más intensa que la de Cervantes es la influencia de Quevedo. Al señalarlo, nos dice el señor Nagy: «El estilo narrativo de Quevedo es conciso y a la vez complejo, como el de Ribera; pero el de aquél es relativamente más comprensible, a pesar de sus muchas alusiones a hechos contemporáneos o a asuntos históricos. La semejanza es patente: *El mesón* es sencillo en la acción y complicado en el lenguaje, dándonos Ribera la impresión de estar creando y torciendo a cada instante el lenguaje en que trata de expresarse.»

Siendo cierta esa comparación, es evidente que, además de la inmensa diferencia que implica el hecho de ser Quevedo un escritor de genio y Ribera un escritor de talento discreto, aquél un innovador y éste un imitador atenido más a modas y a modos que a valores esenciales, hay otras diferencias. Incluso la distancia entre ambos autores se advierte más—y claro está que no es paradoja, sino consecuencia lógica del hecho en sí—cuanto más se acerca Ribera a lo quevediano. El doctor Nagy precisa: «En Ribera, los contrastes entre el deseo, la ilusión y la realidad se han debilitado como el fuego violento del potro de la juventud. Pero lo que mayor fuerza tiene en Quevedo, la gracia del chiste popular, no disminuye en Ribera, aunque se presente a veces como mero juego de palabras basado tan sólo en el doble sentido del vocablo.» Sin entrar ahora en la afirmación del prologuista sobre Quevedo, acabada de transcribir, es preciso señalar que el juego de Ribera con las polisemias y las paranomasias, fatigoso por lo reiterado, es casi siempre trivial, contribuyendo a la afectación premiosa de su lenguaje. Con esos dos recursos comparte la facilidad y la abundancia en buscar con visible esfuerzo cualquier posible juego de antítesis.

Véanse algunos ejemplos de todo ello: «era de los que se entremeten en todo para entresacar de todos, de los que nos vengán del mundo porque vienen de engañarle, gentes de rostros en bonanza, difíciles de copiar» (p. 101 de la edición comentada); «la mulata Clara, hecha una yema» (ibíd., 106); «la mesa, que aunque no era para más que un par, era redonda» (ibíd., 107); «donde me tenía por lecho un lechón, tal parecía de sucio y no de grueso» (ibíd., 111).

Otras veces el autor muestra mayor agudeza: «Ponderó los picos de sus mujeres, cosa necesarísima para romper murallas, o como si alabara pájaros» (ibíd., 127); «eran los votos hijos de botas, y como las madres debían haber sido tantas—y quizá tintas—, eran los tipos infinitos» (ibíd., 129).

Esos defectos no invalidan el interés de la obra de Ribera; solamente sitúan a su autor en un nivel medio, a la altura de los escritores conceptistas segundones. Hubo en la prosa española de ese período un lenguaje tan «hecho», que sólo los grandes escritores podían salvarse del repetido «aire de familia». Pero, junto a tales defectos, hay en Ribera una fuerte vena satírica que se aplica especialmente a la crítica social y literaria. Hay un gran interés en sus notaciones costumbristas y un gracioso desenfado en muchas de sus páginas. Elementos suficientes para justificar el trabajo que el señor Nagy ha puesto en la divulgación del *Mesón del Mundo*. Debemos agradecer a este joven hispanista no sólo la intención que le ha guiado, sino los aciertos de su documentado estudio, la valía de sus numerosas notas aclaratorias y eruditas y el acierto con que ha elegido y ha titulado los fragmentos de la obra de Rodrigo Fernández de Ribera.

De todo ello resulta una edición de alto interés y una fina contribución al mejor conocimiento de la prosa barroca española.—ILDEFONSO MANUEL GIL.

ROMULO GALLEGOS O EL DUELO ENTRE CIVILIZACION Y BARBARIE

Venezuela es uno de los países hispanoamericanos donde la naturaleza conserva todavía, en una inmensa extensión de su territorio, su primitivo estado virgên, saludable y maléfico a un tiempo. Por ello el campo, en especial el llano y la selva, centran gran parte de la obra literaria de este país, así como de su economía y política. Venezuela es, en toda la amplitud de la palabra y con todas sus consecuencias, un país-campo. Ni el fantasma equívoco del petróleo hace cambiar esta visión terrígena, ya que esta industria, al ser explotada por capitales y compañías extranjeras, tiene todos los rasgos de algo postizo, como añadido a una definida fisonomía del país. Sin embargo, sus primeras manifestaciones novelísticas no fueron precisamente regionales, sino más bien costumbristas. Sucedió que en esta nación, eternamente agitada por revoluciones políticas y económicas, estos vaivenes centraban la atención de los novelistas de fin de siglo y principios de éste, cuya temática no iba más allá de la crítica de costumbres y el Gobierno en el poder. Así Pardo, Pocaterra, Blanco Fombona, Díaz Rodríguez y Urbaneja Achelpol. Hubo excepciones, como alguna obra del mismo